

**Santiago E. Sylvester**

## **ARTE POÉTICA**

Desde el nombre de este poema  
hasta lo que se dice generalmente en él  
debe ser guardado en un cuarto de depósito  
entre sillas rotas, daguerrotipos,  
valijas en desuso  
o mejor aún  
enterrado en el fondo del mar con el suicida de turno.

Ya hemos perdido las alas del cielo  
y como se sabe  
no estamos tampoco en el infierno;  
¿qué hacer entonces con nuestro cuerpo  
cargado de sudores y de gravedad  
que nos arrastra entre papeles, horarios de oficina,  
violencias (la vieja partera de la historia)  
y nos obliga a defender con sexo y dientes  
la vida en tierra?

Sabemos que ya no sirven las palabras sonoras,  
las contraseñas sociales, los endecasílabos,  
la lira y el laurel,  
y que ya es una traición a Dios  
invocarlo para que sea un prestigioso  
guardaespalda del poema.

Sabemos que nos sirven pocas cosas  
y que debiéramos empezar de nuevo.  
No sabemos qué será de nosotros.  
(Esto lo sabemos también).

## **EL BAR DEL PUERTO**

Tendremos que buscar otra tabla de salvación  
ahora que las razones se nos escapan de las manos  
y no resuelven el porvenir.  
Afuera cae una garúa interminable

y este humo protege al que indistintamente  
prefiere el bien  
o el mal  
o lo que debe ser;  
mientras un hombre mira al mar que retumba  
y que no le sirve para nada.

La vida sigue con sus anuncios, aquí y allá,  
incluso donde se echa a perder;  
y nosotros, a su imagen,  
somos el comediante ruidoso, el penitente  
con su gorro estrafalario,  
el mensajero que desconoce la noticia que lleva.  
Gente a manotazos, pero con el orgullo intacto,  
con el viejo cuento del ángel caído,  
que sin dar explicaciones llega al borde  
y se detiene como puede.

## **EL INCENDIO**

¿Qué haríamos si después  
de tantas palabras inútiles (apuestas  
por la paz, reflexiones, mensajes de amor,  
promesas de justicia)  
un hombre aprovecha la caída de las hojas,  
rodea la ciudad  
y le prende fuego?  
Seguramente hartos  
con el trajín de los bomberos  
diríamos basta, desaprobando una conducta  
que sólo quiere, como la prepotencia,  
mostrarnos su propio exceso.

Y seguiríamos hablando, esperando el invierno,  
arropados , como otras veces  
con nuestra manera particular  
de sobrevivir correctamente entre las llamas.

## **EL PACTO**

Yo cantaba canciones sobre los líos  
de mi tierra: los amores ásperos de mi tío en Friesland,  
las despedidas

o la bulla que la ginebra pone en los marineros.

Me había instalado entre los dos museos,  
en el paso obligado de los turistas  
porque todos dejan monedas cuando se sienten libres  
y también porque yo (una mujer  
cantando en esa galería de piedra)  
era para ellos una buena anécdota.

De pronto dos hombres se pararon frente a mí.  
Me miraban con esa avidez  
que sólo he visto en la imposibilidad de distraerse;  
y en las monedas que dejaron en la gorra  
sentí que no pagaban un momento amable  
sino que intentaban algo contra la fugacidad,  
una manera de conservar un esplendor instantáneo  
en el que yo estaba desesperadamente incluida.

Puse toda mi fe en que eso fuera cierto,  
el instinto de conservación  
aceptando la propuesta;  
y en cumplimiento de ese pacto  
todavía a veces canto para ellos.